



El problema de la vivienda precaria y la eterna ilusión ante la promesa oficial

Vidas damnificadas

Solbella Pérez Rodríguez*

SIC entrevistó a dos mujeres alojadas en un albergue de Caricuao. Una de ellas quiere recuperar su antigua casa. La otra aspira a que el Gobierno le asigne una nueva vivienda. Estas historias visibilizan un fenómeno relativo al género que no aparece en la agenda del Gobierno ni de la oposición

Han transcurrido tres meses desde que torrenciales lluvias dejaron sin vivienda a unas 121 mil personas, según cifras oficiales. Esos lugares inestables han sido habitados en su mayoría por mujeres, niños y niñas. Conocer de cerca a dos *madres solteras* es ver por dentro un problema de vieja data en Venezuela: las mujeres de los sectores populares continúan asumiendo solas la responsabilidad de educar, alimentar y dar afecto a sus hijos e hijas. La vivienda es la punta del iceberg. El Gobierno y la oposición lo discuten de manera aislada y descontextualizada de todos los derechos que garantizan que las mujeres tengan una vida digna.

Intentando recabar información sobre las historias de personas damnificadas, *SIC* visitó cuatro albergues, ubicados en distintos puntos de la ciudad: el INCE, en Caricuao; el Hotel Edward, entre la avenida Baralt y Miraflores; el piso cinco de la Torre Británica, en Altamira; y los sótanos del Hotel Eurobuilding, en Chuao. Con excepción del primero, todos estaban bajo la

coordinación de militares del Ejército y la Guardia Nacional. En Caricuao, el refugio es coordinado por una militante del Frente Francisco de Miranda, quien fue la única que permitió entrevistas a las afectadas, además de responder a todas las preguntas sobre el tema.

El INCE de Caricuao se encuentra a unos pocos pasos de la estación del Metro Zoológico. Los tres pisos de un pequeño edificio que antes fueran dedicados a formar jóvenes en diversos oficios, han sido ocupados por 241 personas cuyas viviendas estaban ubicadas en La Sidra, Los Telares, El Onoto, Las Terrazas: lugares de Caricuao. De estos damnificados, 18 son bebés menores de un año; 77 niños y niñas; 28 adolescentes; 51 hombres y 58 mujeres así como nueve personas de la tercera edad.

En los pasillos y áreas comunes abundan los infantes y algunas adolescentes embarazadas. Las carteleras del lugar describen cómo están organizadas las personas que ahora son parte de esta comunidad. Según informó Laura Urbaz, coordinadora del albergue y activista del Frente Francisco de Miranda, se han formado comisiones entre los propios afectados para limpiar el albergue y preparar las tres comidas. También existe una comisión de vivienda y hábitat que está buscando terrenos en Caracas para desarrollar los proyectos habitacionales.

SIN TECHO A LOS 60

Miriam Herrera tiene 59 años, es madre de siete adultos de edades comprendidas entre 43 y 19 años. El primero de diciembre pasado se encontraba en su casa ubicada en la UD2, terrazas de Caricuao, con su hijo menor. Estuvieron conversando hasta la madrugada, entonces decidieron quedarse despiertos hasta el día siguiente porque el joven tenía que salir a las cinco de la mañana a trabajar en el mercado de El Cementerio. A la 1:00 am, el joven calentó el agua para bañarse y cuando estaba en el baño escuchó un ruido, en medio del sonido del aguacero, que le hizo pensar que unos gatos se deslizaban desde el barranco que quedaba detrás de su casa. El sonido llamó su atención y se asomó por la ventana. Sólo le dio tiempo de buscar a su madre y salir de la casa. El talud detrás de su vivienda había cedido y una montaña de tierra se venía sobre ellos.

La tierra cubrió parte de la cocina y del comedor así como todo el baño. Sin embargo, Miriam no salió de su casa hasta el 3 de diciembre, cuando un funcionario de Defensa Civil le dijo que estaba en situación de alto riesgo. A regañadientes dejó su vivienda. La casa de cartón piedra que había comprado por quinientos bolívares, con un crédito del Banco Obrero, 38 años atrás. La casa donde crió, sin ayuda, a sus siete hijos, porque el padre de los mismos la

maltrataba y ella prefirió continuar su vida sin él. Éste a su vez también decidió continuar su vida sin sus hijos.

Miriam mantuvo a su numerosa familia limpiando casas de otras personas. Nunca se imaginó que a sus casi 60 años se quedaría sin un techo. Sin embargo, dice que agradece a Dios por salvar la vida de su hijo:

–Si hubiera habido agua en la casa en ese momento –dice–, mi hijo se hubiera bañado con la regadera y no hubiera escuchado el ruido de los gatos. El talud lo hubiera tapiado. Afortunadamente Dios me lo protegió y eso es lo más importante para mí.

Cualquiera se podría preguntar por qué Miriam no vive con uno de esos siete hijos que crió con tanto esfuerzo, ella responde:

–Ninguno de mis hijos me ayuda, no porque no quieran, sino porque no pueden. Usted cree que si tuviera ayuda de ellos... ¿me tocaría tan duro?

Lo cierto es que sus hijos también sobreviven: a sus tres hijas las mantienen sus maridos, y en cuanto a los varones, uno trabaja para la Universidad Simón Bolívar como obrero y vive en Charallave; otro es vigilante en Barinas; y el último es vendedor en una zapatería y vive en una casa que también está en situación de riesgo en Antimano.

Miriam no aspira a que el Gobierno le otorgue una casa nueva, como tampoco esperó que su ex marido asumiera su responsabilidad con sus hijos luego de la separación. Ella quiere recuperar su vieja casa. Tiene sus esperanzas en las diligencias que hacen desde la coordinación del refugio y el consejo comunal de la zona con el objetivo de implementar un proyecto para levantar un muro de contención detrás de su vivienda, que le permita volver a habitarla a más tardar en junio de este año. Dice que ya empezaron a sacar la tierra y que el ingeniero de la obra ya se comunicó con ella.

CUATRO METROS CUADRADOS

La joven Adriana Jiménez (veinte años), madre soltera de una bebé de dos años, también pernocta en el refugio del INCE en Caricuao, junto a su madre y su hija. La casa de Adriana, ubicada en el sector Guaicaipuro de la UD3 no se ha caído todavía. Sin embargo, el consejo comunal y Defensa Civil las obligaron a salir a ella y a su madre el primero de diciembre, unos días después de que un talud se desplomara a pocos metros de su vivienda, dejándolas en peligro.

–Mi papá no se queda en el refugio porque está cuidando los enseres que tenemos en la casa. Seis de mis hermanos son nuestros vecinos. Las únicas casas que están en riesgo son la mía y la de mi hermano, pero él no se ha querido salir. Vive con su esposa y su tres hijos y

dice que hasta que la casa no se caiga él no se sale.

Adriana vivía con su mamá, su papá y su hija en una vivienda de cuatro metros cuadrados (al menos, tal es la medida que ella da aunque luzca imposible), que en algún momento fue habitada por nueve personas. La historia de la madre de Adriana Jiménez tiene algunas coincidencias con la de Miriam Herrera. Hilda de Durán tuvo nueve hijos con tres hombres, dos de los cuales tampoco se hicieron cargo de sus descendientes después de la separación, por lo cual en la historia que cuenta Adriana sobre su familia, su madre es la protagonista:

—La casa de nosotros la construyó mi mamá. Es bien pequeña. Mi mamá también le pagó al dueño del terreno por el uso del mismo. Mi mamá tuvo sus primeros dos hijos con una pareja, los otros seis con la otra, pero su última pareja la maltrataba, entonces se separó de él. Hace más de 25 años dejó a cada uno de mis hermanos con sus madrinas, en oriente, mientras ella se vino a Caracas a trabajar y a ver qué conseguía, se vino a trabajar en casas de familia. Entonces, consiguió ese pedacito de terreno enfrente de donde vivía mi tía y ella empezó a construir su casa. Luego se juntó con mi papá, él la ayudó a terminar de construir la casa y se puso a vivir con él. Gracias a Dios mi papá es uno de esos buenos hombres que ya no quedan y empezó a traer a mis hermanos de oriente uno por uno. Se vinieron seis. Cuando mi papá consiguió un trabajo, me tuvieron a mí.

Adriana dice que su madre es el soporte de su familia. Todos sus hermanos construyeron o alquilaron alrededor de la casa de su madre, pero ellas no pueden ir a vivir temporalmente con sus hermanos porque perderían la oportunidad de una nueva vivienda:

—Mucha gente se fue a los refugios solidarios, que son las casas de las familias o amigos. Sin

embargo, si nos vamos dejamos de estar en las listas de los censos que está haciendo el Gobierno. Por eso, mi mamá y yo seguimos aquí.

La joven dice que lo más difícil de esta experiencia ha sido convivir con tantas personas:

—Yo pedí cambio de habitación porque mi mamá sufre de la cervical y en la habitación donde estábamos había catorce niños. Ocho de ellos eran de una misma chama. Entonces era muy difícil. Por eso nos trasladaron a una habitación donde sólo hay dos bebés.

Hace un par de semanas funcionarios del Consejo Nacional Electoral censaron a los damnificados. Adriana se anotó para una casa en Caracas:

—Quiero una casita porque yo viví en esa casita con mi familia, pero no quiero ese futuro para mi hija, quiero otro ambiente, no el del barrio. Mi mamá también lo quiere así, ella dice que va a terminar su vida en oriente, donde nació. Cuando nos censaron nos preguntaron dónde queríamos la casa y mi mamá respondió que en oriente, pero yo dije que no, que en Caracas. Entonces pusimos las dos opciones, pero primero Caracas, porque he vivido aquí toda mi vida y porque en oriente no hay fuente de trabajo. Volvieron a contar las familias otra vez, porque muchas personas se fueron a refugios solidarios en casa de familiares. Yo estoy aquí y estoy haciendo esto por mi niña, porque soy madre soltera y quiero un futuro para ella.

Adriana es beneficiaria de la Misión Sucre, con la cual estudia Derecho en la Aldea Bolivariana José Agustín Marquiegui. Por su parte, su madre fue beneficiaria de la Misión Madres del Barrio, recursos que dedicó a ampliar su vivienda, antes de la época de lluvias.

Esta joven es integrante del comité de deportes y recreación del refugio, el cual en su opinión es fundamental para evitar la depresión y propiciar un ambiente más sano.

—Aquí hemos tratado de organizarnos. Cada semana hacemos paseos para los niños, porque son demasiados. Hemos ido al Ávila, la semana que viene vamos a la playa. Queremos tener otro tipo de ambiente aquí, dentro de lo que estamos pasando, entretenernos con algo para no caer en la depresión.

Ni Miriam ni Adriana se quejan de su vida en el albergue, dicen que tienen todo lo que necesitan. Sin embargo, quieren recuperar sus viviendas lo antes posible. Mantienen la esperanza de tener su propio techo antes de que finalice este año. Eso les han prometido.

* Periodista.

